

En portada.**Un palacio
con historia.***Por Francisco Tobajas Gallego.*

Sería en verdad lamentable que ya en el siglo XXI se derribara el palacio renacentista de los condes de Argillo de Saviñán para levantar adosados y abrir una calle. ¿Se llamaría calle de la vergüenza, del desencanto, del palacio sin palacio, de la incompetencia, de la dejadez...? El palacio siempre ha sido el centro del pueblo, por su situación e importancia, la casa más destacada e influyente. Allí residirían permanente o temporalmente los Muñoz y sus apoderados, se cobrarían las rentas, se llevaría la contabilidad de las extensas propiedades, se guardarían los documentos y se almacenarían las abundantes cosechas de cereal, zumaque, aceite y vino. No faltaban las eras orientadas al juman-dil, las bodegas y el molino de aceite.

El historiador Abarca dice que la toma de Calatayud, con toda su comarca, tuvo lugar el 24 de junio de 1120 por el rey Alfonso I el Batallador. Con él vienen caballeros navarros y vascos que le ayudan en la reconquista de estas tierras. Por ello el rey les cede el territorio ganado a los musulmanes, favoreciendo también su repoblación. Desde entonces Saviñán será lugar de realengo, o sea lugar del rey, en el que los Muñoz de Pamplona tienen la mayor parte de las rentas. Por entonces estos caballeros navarros de Pamplona debieron construir en Saviñán un pequeño castillo o torreón defensivo, pues las tierras de Calatayud eran la frontera natural con los musulmanes, la extremadura aragonesa.

En el siglo XVI Aragón sufre un gran crecimiento demográfico, al que va unido un crecimiento económico. Saviñán no es la excepción, pues entonces viven en él gran número de infanzones, mercaderes y moriscos, y se levantan las casonas de estilo renacentista aragonés. Entonces en Saviñán había una tabla de peaje, que controlaban los peajeros y que el rey arrendaba a los mercaderes. En este siglo se levanta el palacio de los Muñoz de Pamplona, aprovechando el torreón defensivo anterior, obra que bien pudiera atribuirse a Lope de Dueñas, uno de los obreros de villa de origen morisco más afamados de la comarca, pues en 1560 recibía un préstamo del infanzón Juan Muñoz de Pamplona.

A mediados del siglo XVI se establecen en Saviñán los Gracián, que procedían de Borja y que emparentaron con las nobles familias de los Garcés, Villalba, Guillén y la Raga. También residían aquí las no menos nobles de los Yepes, Santa Cruz, Urrea, Betrián, Martínez, Oña, Vélez, Garay, Álvarez, Ossen, de la Silla, Bacarizo, Gascón, Espinosa, Sayas, Funes, Rueda, Heredia, Sediles, García,



*Puerta de entrada y escudo del Palacio de los Condes de Argillo.
Foto: Archivo Sabinius Sabinianus.*

Martínez de Luna y Fortuño. A mediados del siglo XVI viven en el palacio de Saviñán Tristán Muñoz de Pamplona, dos veces diputado del reino, y como tal le dedica Blancas sus Comentarios de las cosas de Aragón, 1588, además de su madre, la francesa Catalina de Noailles, señora del castillo de Abós, y sus dos hermanas, Isabel y Francisca. Las dos casaron en Saviñán. Francisca en 1573 con el infanzón Miguel de Heredia, e Isabel en 1581 con el infanzón Gonzalo de Funes. Gonzalo e Isabel fueron padres del cartujo y poeta Diego de Funes y Muñoz de Pamplona. Al quedarse viuda Francisca Muñoz ingresó como carmelita descalza. Los Heredia vivían en la plaza, junto al palacio de los Muñoz, y los Funes, navarros también, vivían enfrente de los Gracián, cerca del huerto del ciprés, que dio lugar a la calle Nueva, abierta a principios del siglo XX.

A partir de 1579 nacen en Saviñán los hijos de Tristán Muñoz y de Bernardina de Gante y Carnicer. Tristán Muñoz muere en Saviñán en 1604, heredándole su hijo Diego, Caballero de Santiago en 1628 y Gentilhombre de Cámara de Felipe II. Asistió a las Cortes de Barbastro de 1626. Casó con María Sánchez-Muñoz, de la casa de los barones de Escriche, de la que tuvo a Diego José, que nació en Saviñán. Asistió a las Cortes de 1646, casando con Jerónima de Camarena y Sánchez de Cutanda. Le heredó su hijo Diego,

nacido en Saviñán, donde casó con Josefa de Funes, a quienes se debe el retablo de santa Ana de la parroquial de san Pedro y el escudo de su capilla y carnerario. Su hijo Juan fijó su residencia en Calatayud, donde la familia tenía palacio y parroquia en la Rúa, llamada de san Martín. En 1581 moría en Saviñán Diego Muñoz, hijo de Tristán, de dos años de edad, enterrándose en la sepultura de Juan Muñoz de la parroquial de san Pedro. Así pues, los Muñoz tendrían capilla y enterramiento en la iglesia mudéjar de san Pedro, anterior a la actual iglesia barroca del siglo XVII.

Los Muñoz de Pamplona heredaron por matrimonio el legado de los Heredia y de los Funes. También revertió a ellos el gran patrimonio del marquesado de Villaverde, unido al de los Luna, que había comprado el marqués de Villaverde a Ana-Polonia Martínez de Luna. Así, María-Soledad Muñoz de Pamplona, que casó en Saviñán en 1805 con José Garcés de Marcilla, heredó de su padre el título de conde de Argillo, y de parte de su tía los títulos de marqués de Villaverde y los de la casa de los Luna. En 1883 moría sin descendencia José-Baldomero Garcés de Marcilla, heredándole su sobrino Luis Bordú y Garcés de Marcilla, nacido en París en 1840 y muerto en su palacio de Saviñán en 1921. Luis Bordú, diplomático y de ideas carlistas, casó con Carmen Prat. Al abandonar la carrera diplomática se retiró a su palacio de Saviñán, donde murió. Aquí murió también su viuda Carmen Prat en 1923 y su hijo Cristóbal en 1907, que estaba casado con María de la O Bascarán Reyna. En el oratorio del palacio casaron en 1906 Francisco-Javier Olazábal Ramery con M^a Rosario Bordú y Prat. Su hermano Javier Bordú casó con Elisa Nava Ortega. Javier fue ingeniero de minas, siendo jefe de las brigadas que levantaron las hojas del Mapa Nacional de Saviñán y alrededores hacia 1918. Entonces Javier Bordú, que impuso la forma Saviñán en los mapas, alojaba a sus colaboradores en su palacio.

Vista general de la fachada del Palacio de los Condes de Argillo. Foto: Archivo Sabinius Sabinianus.



Colocación de los andamios protectores. Foto: Archivo Sabinius Sabinianus.

A principios del siglo XX se bautizaban en Saviñán a varios hijos de los matrimonios Olazábal-Bordú y Bordú-Nava. En el mismo oratorio del palacio casaron en 1918 el jiennense José Martínez Ortega y María de la O Bordú Bascarán, padres de Cristóbal Martínez Bordú, que casó con la hija de Franco. Durante la guerra civil vivían en el palacio José-Ignacio Olazábal Bordú y M^a Rosa Castro y Calvo, con sus hijos.

En este oratorio se guardaba el cráneo del Papa Luna, lo único que pudo recuperarse tras el saqueo del palacio de Illueca por las tropas francesas, durante la Guerra de la Independencia. Aquí ha recibido infinidad de visitas. En este palacio se conservaba un importante archivo documental, que fue comprado por la D.G.A. en 1997, y algunos cuadros y libros de cierto valor, que se repartieron los actuales dueños. En el comedor aún puede verse un arrimadero de cerámica de Muel del último tercio del siglo XVI, que incluyó con acierto el calendario para el año 2000 editado por Cajalón. En este comedor había también algunos cuadros de reyes que habían pertenecido a la Casa de la Comunidad de Calatayud, que actualmente se ha recuperado como sede de la Comarca. La Junta distribuidora de los bienes de la extinguida casa de la Comunidad adjudicó su edificio al entonces conde de Argillo, José-Baldomero, el mismo que Javier Bordú vendió en 1941 a las Hermanas de la caridad de santa Ana.

Hace casi una década varias asociaciones culturales pidieron para el palacio de Saviñán su protección como edificio singular, cosa que consiguieron a pesar de la negativa de nuestro Ayuntamiento. Las Cortes de Aragón también lo pidieron a la D.G.A. en el 2000. Y así fue inventariado, como el cráneo del Papa Luna, que fue catalogado después de ser robado y recuperado. Pero la D.G.A. ha dejado pasar el tiempo en balde y el palacio se encuentra, por una sentencia judicial, sin protección y abandonado a una ruina inminente. Delante de su fachada ha transcurrido toda la historia de Saviñán desde que tenemos noticia. Si ahora lo dejamos derribar desaparecerá el mejor escenario para nuestro futuro.